

Recensiones

Ignacio Ellacuría. *Veinte años de historia en El Salvador (1969-1989). Escritos políticos*. San Salvador: UCA Editores, 1898 páginas.

De vuelta de San Salvador reviso —cuando el bamboleante avión de *Taca* me lo permite— el índice de un libro fundamental que agradezco, entre otras enseñanzas y gentilezas a don Hermilio López-Bassols, nuestro ameritado embajador en aquellas tierras.

Se trata de la recopilación de *Veinte años de historia en El Salvador (1969-1989). Escritos políticos*, que la Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas" presenta a la luz pública para rendir homenaje a la memoria de quien fuera su rector. Así, en tres espléndidos y gruesos tomos se reúnen los ensayos y artículos de un pensador político soberbio y un crítico excepcional: Ignacio Ellacuría.

Gracias a ese admirable esfuerzo editorial es que por fin podemos acercarnos a esta clásico salvadoreño en una versión crítica y acreditada, según el plan original del libro que el autor ya tenía listo para darlo a las prensas cuando fue asesinado, junto a otros cinco sacerdotes, por oficiales y soldados de la Fuerza Armada. Con ese crimen, las "fuerzas de la muerte" intentaron acallar una inteligencia cuyos juicios resultaron más que intolerables, como se colegirá leyendo esta recopilación que resume dos décadas de asombrosa actividad crítica. Los asesinos, por ello, no lograron su obje-

tivo: impedir que el "nunca se convirtiera en ahora".

Sin temor a equivocarme, *Veinte años de historia en El Salvador (1969-1989)* es una obra indispensable —sorprendente entre tantos retratos impresionistas y maniqueos— para entender el claroscuro histórico que nos ofrece la situación salvadoreña en estos últimos años. Sin olvidar su propio compromiso personal, Ellacuría opta allí por el rigor y la verdad, sin recaídas ideológicas, para mostrar en su desnudez los términos plausibles de aquello que él mismo define como una "realidad histórica", categoría que el autor adquiere de su mentor, el eminente don Xavier Zubiri, vasco y filósofo, como él mismo.

Ellacuría nos muestra en estas páginas la trama viva de un país desgarrado por la guerra y la miseria. Allí, historia, sociedad y geografía se combinan para mostrar la "debilidad" estructural en cuyos límites se reúnen las secuelas universales de la desigualdad con la incertidumbre *nacional* que divide, aísla, y en ocasiones enfrenta a los países centroamericanos. Formación e inteligencia, permiten a Ellacuría ser un testigo excepcional de esa realidad que admira y critica: "Aunque el hecho coyuntural más importante del país sea la guerra —escribe en 1984— no es la guerra la realidad fundamental. La realidad fundamental es que cuatro quintas partes de la población viven en condiciones inhumanas", y en esa evidencia concreta y

visible descansa el drama de una nación que se desgarrar y destruye.

Puesto que la guerra no puede ser, en sentido estricto, la *otra* alternativa, la negociación es, por ello mismo, "una necesidad histórica y un deber patriótico, además, de una obligación ética". Cambiar "las fuerzas de muerte", como expresivamente las llama Ellacuría, en "fuerzas de vida", he ahí el sentido perentorio de la negociación que ya estaba en curso en 1983.

Ellacuría parte de una hipótesis de trabajo que la historia reciente confirma a plenitud: la *necesidad* de la negociación. A pesar de la gestión positiva y eficaz del FMLN, con quien Ellacuría mantiene una simpática crítica, el "empate" militar revela que, más allá de los aspectos "técnicos" del conflicto, no "sólo hay fuerzas oligárquicas y antioligárquicas, sino que hay un espectro reformista más amplio, dispuesto a debilitar a la oligarquía por medios distintos a los del FMLN". En esas condiciones, a principios de los años ochenta, el diálogo adquiere una significación "objetiva" que ya no permite considerarlo sólo bajo la óptica estrecha de la táctica propagandística subordinada a la confrontación militar. Al contrario, la negociación tiende a ser, cada vez más, la parte sustantiva del repertorio político de la guerrilla que paulatinamente la incorpora a su estrategia. La negociación política y militar aparece, entonces, como una "necesidad histórica" por cuanto que es algo "que la misma realidad impone imperiosamente", aunque ello no significa —afirma con cuidado Ellacuría— que "la negociación acabará dándose, quiéranla o no actualmente los agentes principales del conflicto". Es más, aclara en 1984: "Es posible que no se dé y es posible que no alcance resultados satisfactorios, en caso de que se dé; pero si no se da —advierte— la realidad misma se vengará, mostrando en su deterioro galopante que los agentes contrarios a la negociación están marchando contra el curso histórico y conduciendo al país a una catástrofe de la cual le será muy difícil recuperarse, en caso de que esa recuperación fuera ya posible, si la guerra continúa por algún tiempo más".

Al estudio de los múltiples aspectos de ese problema, que tuvo y tiene implicaciones obvias para la política exterior mexicana, dedicó Ignacio

Ellacuría reflexiones punzantes y exactas y algunas páginas de anticipaciones memorables cuyos frutos apenas comenzamos a reconocer.

Para lograr la paz hace falta una nueva dialéctica entre fines y medios y superar todo maximalismo. Ellacuría anota cómo ese cambio va perfilándose en el país y emerge superando las concepciones que primero veían la negociación "como una maniobra, después como una táctica, y finalmente como estrategia". "Este paulatino y razonado cambio, escribe Ellacuría, se ha debido a un mejor análisis de la realidad, al ponderar que la marcha de los acontecimientos militares, la evolución del movimiento de masas, el peso de la coyuntura centroamericana y la presión de las superpotencias, no permitían caer en sueños revolucionarios idealistas". La creciente aceptación de una salida negociada no será, en consecuencia, el resultado de un "abandono" sino, más bien, la aceptación de ese lúcido realismo que permite decantar el núcleo racional y positivo de la generalidad los planteamientos puramente ideológicos y voluntaristas de la guerrilla.

Después de este libro no sorprende que, tras la letra de los acuerdos de Chapultepec, aparezca la mano firme y el espíritu autoral del jesuita crucificado, el trazo magistral del diseño para la paz entrevistado por Ellacuría.

Adolfo Sánchez Rebolledo

Rafael Díaz-Salazar. *El proyecto de Gramsci*. Barcelona: Editorial Anthropos, 1991, 509 páginas.

La obra y la vida de Antonio Gramsci constituyen una de las etapas más apasionantes del pensamiento y de la praxis política del siglo XX. Este autor se ha convertido en un clásico de las ciencias sociales, debido, sobre todo, a que sus escritos han trascendido el espacio y el tiempo en que fueron elaborados y todavía tienen una tremenda potencialidad para iluminar múltiples problemas políticos, sociológicos y culturales del presente.

El libro tiene un doble objetivo. Primero, presentar una reconstrucción de las principales categorías del proyecto de Gramsci, basándose en los escritos precarcelarios y carcelarios. Esto se hace

necesario, de acuerdo al autor, ya que Gramsci no sólo es poco conocido a través de la lectura de sus textos, sino que también es un autor manipulado políticamente debido, entre otras cosas, a lecturas poco contextualizadas de algunos textos fragmentarios. Se hace imprescindible, pues, una tarea de filología gramsciana para presentar con nitidez lo que Gramsci realmente entendía por hegemonía, sociedad civil, reforma intelectual y moral, revolución pasiva, ideología, cultura popular, intelectuales, etc. El núcleo central del libro se dedica a esta tarea y ofrece una amplia bibliografía.

Pero el libro no se limita a presentar, contextualizar y reconstruir el proyecto y pensamiento de Gramsci, sino que aborda en línea gramsciana diversos temas sociológicos actuales como el cambio religioso, el pacifismo, la transición al socialismo, la transformación de la sociedad civil, la producción social de los valores, la solidaridad internacional de los movimientos sociales, la sociedad corporativa, el individualismo, etc. El autor intenta prolongar las categorías y el pensamiento de Gramsci, vinculándolo con cuestiones sociológicas y políticas actuales. La forma peculiar de los escritos gramscianos representa un modelo de "obra abierta" que permite esa prolongación.

La lectura gramsciana que realiza el autor utiliza el paradigma de la religión como hilo conductor. Esto se justifica, según el autor, porque Gramsci —al igual que los clásicos de la sociología— utiliza el análisis socio-religioso para investigar otras cuestiones. La religión no es una de las muchas dimensiones de la sociedad, sino uno de los núcleos centrales de la vida social por medio del cual se pueden analizar mejor otras cuestiones sociales, políticas, ideológicas, culturales, etc. Por lo tanto, el tema que aborda el autor no es tanto la religión según Gramsci, sino las principales cuestiones de su proyecto político-cultural desde el enfoque socio-religioso adoptado por él mismo. Esta metodología gramsciana es muy similar —en su inspiración de fondo— a la adoptada por Durkheim, Weber, Engels y Marx. El carácter meta-religioso de los fenómenos religiosos pertenece desde hace tiempo al pensamiento sociológico básico. Los temas de la *transformación de la sociedad civil* y de la *ideología de masas* constituyen los ejes centra-

les del proyecto gramsciano, abordado mediante el análisis socio-religioso. Si Gramsci analiza la religión como un tema central fue en función de una finalidad no religiosa, y fue ésta la que influyó en su metodología general: la relación del análisis socio-político y cultural con el análisis de los hechos religiosos.

La perspectiva del estudio del proyecto y pensamiento gramsciano que realiza el autor está definida por la interacción entre transformación de la sociedad civil y la ideología de masas. La adopción de esta perspectiva se basa en la consideración de que la *transformación de la sociedad civil* para conseguir la hegemonía es el modo adecuado para definir el concepto de cambio social sustentado por el proyecto de Gramsci.

La religión es uno de los obstáculos esenciales para llevar a la práctica el proyecto gramsciano de transformación social por el tipo de ideología que configura, y por el tipo de red institucional que desarrolla en la sociedad civil. La construcción de la hegemonía requiere prioritariamente la superación de la religión como ideología y como institución social. Sin embargo, la religión, para Gramsci, no sólo es un obstáculo, sino un *modelo negativo* para su proyecto.

Gramsci concede mucha importancia al estudio de la estructura y organización material-institucional de la superestructura ideológica de una clase. Concretamente, en la lucha por la hegemonía da prioridad a la transformación ideológica de las masas para obtener un nuevo *consenso* socio-político. La creación del nuevo *consenso* se ve dificultada por las creencias religiosas, en tanto éstas son funcionales a las estrategias de la burguesía para dirigir culturalmente a las masas a nivel de la sociedad civil.

Para el análisis y la transformación de la sociedad civil es necesario el estudio de las estructuras mentales, de las formas de conciencia social, de las visiones del mundo, de las mentalidades en definitiva. Varios autores (M. Vovelle, L. Goldmann, L. Althusser) han señalado con certeza la relación dialéctica existente entre las condiciones objetivas de la vida de los hombres y los modos como éstas se las explican y viven.

Desde sus escritos juveniles, Gramsci plantea la necesidad de luchar en el "frente ideológico" para ganar a las masas. Esta concepción se explica porque Gramsci siempre se opuso a las tendencias socialistas, enmarcadas dentro de un marxismo economicista, que afirmaban la imposibilidad de educar política e ideológicamente al proletariado y sostenían la necesidad de pasar directamente a la lucha revolucionaria o adaptarse pasivamente a las condiciones del sistema burgués, en la perspectiva de un inevitable advenimiento futuro del socialismo, determinado por las "leyes" del desarrollo histórico.

A Gramsci, pues, le interesa el análisis de la ideología que tienen las clases subalternas y los bloqueos o desbloqueos que ésta provoca en el comportamiento político de las mismas, y por ello este tema es uno de los principales de su obra. El concepto gramsciano de ideología es muy distinto al de Marx, sobre todo en su visión de la ideología como falsa conciencia.

Gramsci tiene una concepción positiva de la ideología, pues por ella los hombres tienen una vi-

sión del mundo y una praxis determinada. Diversos autores han criticado este concepto gramsciano y han preferido mantener el concepto marxista clásico de falsa conciencia. Por ideología, Gramsci se refiere a las "formas de conciencia social", "cosmovisiones", "visiones de mundo" y "mentalidades" de las masas, a través de las cuales toman conciencia de los conflictos y tratan de resolverlos.

Así, pues, todos los capítulos del libro tienen como hilo conductor el estudio de la religión a través del papel que juega ésta en la configuración de la ideología de las masas y en la estructuración de la sociedad civil. El autor arranca de la crítica gramsciana a la ideología religiosa como requisito para la construcción de la sociedad socialista, y prosigue con el análisis de la religión como forma de modelación de la ideología de las masas, concluyendo con el estudio del proyecto gramsciano de hegemonía mediante la transformación de la sociedad civil y de la filosofía de la praxis (que es como denomina Gramsci al marxismo).

Héctor Samour

